

*George Russell*



Vista telescópica de Júpiter.

## UN VIAJE Á JÚPITER.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### DESDE CANTÓN Á SHANG-HAY.

Como hacía ya cuatro meses que el ferrocarril Transasiático nos había trasladado en once días desde Ouzoun-Ada hasta Pekin; habíamos recorrido las provincias de Petcheli, Chen-si, Chan-si, Su-Tchouan Hou-Nan y Yun-Nan y ninguna de las principales ciudades del Celeste Imperio nos quedaba ya por ver, decidimos abandonar á este, y para ello, estando en Cantón, tomamos pasaje en uno de esos vaporcitos que pintorreados de mil colores hacen dos veces por semana el servicio hasta Shang-hay. En este puerto tomaríamos pasaje en otro buque y abandonando con él la China pasaríamos al Japón.

Mi hermano y yo ocupábamos un precioso saloncito del Hotel Victory situado en las

inmediaciones del rio de las Perlas; hicimos los últimos preparativos de viaje, que por cierto no nos llevaron mucho tiempo, pues nuestro equipaje era bien sencillo; pagamos la cuenta del Hotel y disponiendo después que trasladaran el equipaje al muelle, nos echamos los abrigos al hombro y salimos á la calle.

Eran las cuatro de la tarde y como el Macao, que era el vaporcito que había de llevarnos á Shang-hay, tenía anunciada la salida para las seis, aun teníamos tiempo de dar un último paseo por la ciudad. Tomamos con toda calma la Gran Avenida Inglesa; dimos unas vueltas por el mercado indígena y por fin nos encaminamos hácia el muelle. A nuestro alrededor circulaba una multitud heterogénea y abigarrada compuesta en su mayoría de vendedores de naranjas y pamplemusas, de marineros, aguadores y soldados; allí los chinos trataban sus nego-

cios con los europeos; en unos grupos se hablaba en francés en otros en inglés y en otros, que eran los más, en chino.

Pasamos bajo el arco de la puerta llamada de la Eterna Pureza; seguimos hasta la de la Eterna Alegría y por último y después de dejar á un lado las torres de la pagoda de las Quinientas Divinidades, desembocamos en el muelle.

Allí había una algarabía horripilante. Algunos adivinos que, solo por unos zapeques, pretenden predecir el porvenir, nos salieron al encuentro; les echamos al suelo algunas monedas y sin hacerles ningún caso continuamos nuestra marcha.

De pronto llamó nuestra atención un personaje que elegantemente vestido y seguido de su criado se dirigía también hácia el Macao. Pensé desde luego que se trataba de un pasajero, pues el criado cargaba con el equipaje que por cierto era verdaderamente extraño. Aquel personaje era un chino, pero un verdadero chino, tanto por sus facciones como por su modo de vestir. Sus ojos eran tan oblicuos, que le subían hácia las sienes, y su bigote y coleta eran verdaderamente tradicionales. Vestía larga túnica de seda amarilla, cinturón ancho y de brillantes colores y sobre su cabeza se asentaba uno de esos bonetes grandes y orlados de ancho fleco rojo que solo pueden usar los grandes profesores de filosofía del Celeste Imperio. Unos anteojos grandes y con armadura de oro, realzaban la gravedad de nuestro personaje, ya de por sí, bastante interesante. Representaba tener unos sesenta años; era extraordinariamente obeso y en sus facciones, un tanto duras, se reflejaba un carácter de energía y entereza.

Llevaba en la mano izquierda un gran quitasol de seda amarilla adornado con pájaros y animales monstruosos y en la derecha un libro en cuarto menor de tapas de terciopelo verde. Marchaba con lentitud; apenas si se dignaba contestar á los que á su paso le saludaban y unas veces mirando al cielo y otras al texto del libro, iba abriéndose paso entre la multitud. Su criado era un chino de unos treinta años, esbelto, simpático y de mirada inteligente, llevaba larga coleta y vestía rica túnica negra con pájaros blancos, y sobre sus hombros cargaba una especie de maleta que midiéndolo metro y medio de largo por dos decímetros de diámetro era de forma completamente cilíndrica.

De pronto advertimos que el personaje se detenía y que cerrando los ojos exclamaba:

—¡Kao!.....

—¡Señor! le contestó el criado que marchaba á pocos pasos de su amo.

Nosotros nos detuvimos también y miramos con curiosidad á los dos chinos.

—¡Kao! exclamó de nuevo el profesor de

filosofía—meditación para esta noche; versículo cuarenta y ocho, tomo noventa y siete; estudio filosófico-comparativo acerca de la concepción de Dios en las humanidades saturniana y terrestre.

—Señor; contestó el criado—meditaré tan pronto lo ordeneis; mas tened presente, señor, que hace doce horas no comemos.

—Es verdad, Kao, tu observación es muy juiciosa y vas aprendiendo á ser un buen filósofo, primero cenaremos y después meditaremos

Y así diciendo el filósofo, prosiguió su interrumpida marcha.

Aquel diálogo había sido sostenido en lengua Kunanruna, la oficial entre las personas instruidas del Celeste Imperio y aunque nosotros no la conocíamos sino muy imperfectamente, no por eso dejamos de enterarnos de lo dicho por amo y criado.

El filósofo nos pareció un hombre verdaderamente misterioso.

Por fin llegamos al Macao donde ya se hacían los preparativos para el viaje; cruzamos entre algunos pasajeros que paseaban por el puente y fuimos á tomar posesión de nuestro camarote que tenía el número 5, y en el que encontramos el equipaje ya instalado.

El misterioso personaje tenía el camarote número 6, y por lo tanto era nuestro vecino. Le vimos entrar en la cámara, dirigirse después á su departamento seguido del criado y cerrar luego la puerta.

Entonces nos dirigimos mi hermano y yo hácia el puente con objeto de dar el último adiós á la ciudad de Cantón y en él pasamos un gran rato presenciando el incesante movimiento que había en el muelle.

Y ahora, mientras el Macao, libre ya de sus amarras, empieza á deslizarse á lo largo de la rápida corriente del río de las perlas, en cuyas aguas encuéntrase con frecuencia numerosos cadáveres de ajusticiados, yo me entretendré en enterar al lector, de quiénes somos mi hermano y yo, por qué ambos estamos en la China y por qué ahora nos dirigimos á Shang-hay.

Mi hermano se llama Jeorges Hampill y Yorkshire duque de Maryland; tiene veintinueve años, posee, para él sólo, una fortuna que le proporciona una renta anual de diez mil libras y jamás ha pensado en estudiar, ni en seguir carrera alguna. Su carácter es voluble; la misma facilidad tiene para enfadarse que para reírse y nunca noté en él el más ligero síntoma de tristeza ó de pesar. Es gran aficionado á las carreras de caballos; tira el sable como un verdadero espadachín y frecuenta todos los clubs elegantes de Londres donde, con otros como él, aficionados al sport, pasa alegremente su existencia. Lo mismo él que yo, somos hijos de Lord Ed-

mund Hampill y Lady Doll Yorkshire duques de Blane y de Maryland, de quienes hace un año, hemos quedado huérfanos y heredado una gran fortuna. Dueños de esta y sin familia, propuse un día á mi hermano salir de Londres con intención de dar la vuelta al mundo, y dicho y hecho. Salimos de nuestra ciudad natal, visitamos las principales capitales de Europa, y ganando terreno siempre hácia el Oriente, llegamos á Constantinopla; de esta ciudad, pasamos á Tiflis en la Georgia, luego á Ouzeun-Ada por Bakou y por fin hicimos nuestra entrada en Pekin. Hemos recorrido todo el Celeste Imperio y ahora, desde Cantón, nos dirigimos á Shang-hay donde tomaremos pasaje para el Japón. Respecto á mí, diré: me llamo Henry Hampill y Yorkshire; soy duque de Blane y tengo veinticuatro años y así como mi hermano tiene el lema de «puesto que soy rico quiero divertirme» yo á mi vez tengo también el siguiente «puesto que soy rico, quiero instruirme.»

Pero volvamos á nuestro cuento.

El Macao seguía corriendo por las ennegradas aguas del río de las Perlas; la noche se iba echando encima y el viento que soplaba bastante fresco obligaba á los pasajeros á buscar un refugio dentro de la cámara.

A la puerta de esta se hallaba el capitán del barco, que era un chino fuerte, casi gigantesco y que me pareció olía algo á aguardiente.

Maryland, que es como siempre llamo yo á mi hermano, y yo, nos acercamos á él para hacerle algunas preguntas referentes á la navegación, cuando de pronto vimos cruzar entre nosotros á Kao, el criado del filósofo misterioso.

El chino llegó al centro del puente y miró al cielo en todas direcciones.

—No habrá vispera buena, dijo—esas nubes impiden la observación, pero quizás Dios lo haga en mi provecho, porque así podré cenar.

Y así diciendo, por lo bajo, desapareció de nuevo en la cámara.

—Que el diablo me lleve, dijo Maryland—si ese chino y su señor no son locos rematados.

—¡Jip! pareció silbar el capitán—el filósofo Li-tai no es un loco; es uno de los sabios más ilustres que hay entre los hijos del cielo; ha escrito una obra que tiene mil tomos en cuarto menor.

—¡Mil tomos! serán de pocas páginas... ¡oh! ¡quizás!....

En este momento se oyó el repiqueteo de una campana y mi hermano no terminó de expresar su pensamiento.

Era que aquel repiqueteo anunciaba la hora de la cena y que el capitán, deseoso de cumplir su deber de presidir la mesa, nos

había abandonado y dejado con la palabra en la boca.

Le vimos ocupar su puesto en la cabecera más próxima á la puerta y entonces nosotros nos sentamos á su izquierda.

El comedor estaba bastante desanimado; conté en él, no más que ocho comensales, entre los que ví dos que eran franceses, y noté, que en representación del bello sexo tan sólo había una joven é interesante china que viajaba en compañía de un joven también chino y que me pareció debía ser su marido. La mesa, que estaba espléndidamente servida, la formaba un gran rectángulo de laca negra en cuya superficie, brillante como un espejo, reflejábanse las luces, la vagilla de porcelana fina, los grupos de flores y los macizos de naranjas, de limones y de frutos de Long-yen.

Busqué al filósofo y noté que faltaba á la mesa.

—¡Oh! sin duda está ocupado en sus meditaciones, pensé.

—Parece que el señor Li-tai se descuida, dijo mi hermano al capitán.

—Pues tanto peor para él; contestó el chino sin dejar por eso de fijarse en cómo una vivaracha y cariñosa camarera, adornados sus cabellos con azucenas y crisantemos, servíale en el plato unas tortillitas hechas con huevos de paloma y mollejas de gorrión—si el señor Li-tai asiste tarde á la mesa, perderá el derecho á comer de los platos ya retirados; así lo manda el reglamento de abordo.

Pero por lo visto, el señor Li-tai debía conocer muy bien los reglamentos de los barcos chinos y no queriendo exponerse á sus rigores, hizo su aparición en el comedor.

Se presentaba acompañado de su criado; saludaron ambos con una ligera inclinación de cabeza; se sentaron á la derecha del capitán y luego y sin tomarse la molestia de extender una de esas miradas que son naturales en todo comensal y sirven para enterarse éste de con quién come, principiaron á entendedselas con el primer plato que tenían ya servido.

Tanto los dos filósofos como el capitán, comían y bebían de lo lindo sin hacer el menor caso de nosotros, y lo aseguro, á no ser por un joven francés que se sentaba á mi izquierda y con quien llegamos á simpatizar mi hermano y yo, hubiera sido para nosotros aquella una cena en extremo triste.

Allí se comía mucho, pero se hablaba poco. Solo alguna que otra frase suelta cruzada entre los pasajeros europeos, era cuanto allí se oía.

Maryland, sin embargo, llegó á conseguir hacer hablar algunas veces al capitán y yo mientras tanto no dejé la conversación con mi vecino el joven francés.

—¡Oh! ¿sois aficionado á la astronomía? me preguntó á consecuencia del asunto que veníamos tratando—en efecto, esta noche hay eclipse total de luna, pero tenemos la desgracia de que el cielo está nublado. Precisamente en este momento empieza la oscuridad completa del disco lunar.

Entonces sonó el reloj del comedor imitando una vez el canto del cuco y ví que el filósofo cuchicheó algunas palabras con su criado.

—Las ocho y media; dije yo—y no poder observar ya la luz cenicienta del disco! verdaderamente que hemos tenido desgracia...; sin embargo, se trata del caso en que la sombra total es de la mayor duración y ya sabeis que esta es de una hora y cincuenta y dos minutos; quién sabe si aún querrá ser el cielo complaciente..... Por mi pena de no presenciar el eclipse, podreis juzgar cuán aficionado soy á todo lo que se refiera á la astronomía.

—Y ese es el único defecto que tiene, podeis creerlo, monsieur Vernier, dijo mi hermano á quien el capitán, que estaba entretenido con un plato de nido de golondrina y huevos hilados, no hacía ni el menor caso—maldito si se ocupa para nada de lo que pasa aquí en la tierra y en cambio desea saber lo que está ocurriendo en el cielo.

—¡Oh! amigo mio, contestó el francés—ese defecto es para mi muy disculpable pues que también yo le padezco.

—¿Sí? dijo Maryland con extrañeza—no comprendo qué sacan ustedes en limpio con ocuparse del sol, de la luna y las estrellas. A mi me parece que eso es solo perder el tiempo; ¿no os parece lo mismo que á mi, señor capitán?

—Sí; y sobre todo si es á la hora de comer; contestó el chino llevándose á la boca una pata de langosta—á ver ¡Violeta! dijo luego—otra botella de vino de Chao-Chigne.

En este momento noté que me miraba el filósofo como con cierta curiosidad, y que en seguida apartaba de mi su vista.

—Qué lástima que ese hombre no diga algo; pensé—pues no sé por qué creo que su conversación ha de ser interesante.

Pero comprendí que no quería intervenir en la nuestra y por lo tanto yo tampoco me atreví á dirigirme á él buscando para hacerlo un pretexto cualquiera.

—Tiene razón el capitán; dijo Maryland—la cuestión es comer y dejarse de pensar en las estrellas... Ahí teneis la prueba de lo que digo...; ¿sentís cómo llueve...? pues bien, eso lo hacen las nubes para que no perdais el derecho á vuestros platos por tan solo el capricho de ver un eclipse.

El filósofo, á quien yo no perdía de vista, hizo un gesto de disgusto al oír así explicarse á Maryland, pero llevóse á la boca una

pata de paloma remojada en almibar de naranja, continuó comiendo en silencio y yo perdí ya la esperanza de oír su voz.

—Pues podeis creerme; dijo Vernier—de buen grado perdonaría algunos platos por tener el gusto de observar la luna.

—¡Bah!... ¡á la luna! no creo que en ella haya nada de notable que admirar... Si se tratara del sol, pase, pues al fin y al cabo sirve para darnos luz y calor; pero la luna...; ¡bah! eso no sirve para nada.

—Te equivocas Maryland; dije yo—la luna, lo mismo que todo lo que Dios ha creado, tiene una misión importante que cumplir. La luna es la compañera utilísima de la Tierra, en cuanto á la mecánica celeste se refiere; ella regulariza los movimientos oscilatorios de nuestro globo; nos es útil para la vida astral de nuestro planeta, para nuestra meteorología aun bastante misteriosa y por último para la iluminación de nuestras noches.... La luna, aunque pequeño satélite, no deja por eso de ser tan digna de estudio como lo es el sol y como lo son los grandes astros que brillan en la bóveda celeste...

—Bueno, bueno; perdona querido Blane—no era mi intención ofender á esa señora. Dile que me dispense...

En este momento arreciaba la lluvia y al azotar esta los cristales del tragaluz de la cámara, se producía un estrépito terrible.

No había pues, para qué pensar en el eclipse que de ningún modo podría ya ser visto y se cambió de conversación. Siguió la cena sin incidente alguno y cuando terminamos con los treinta platos que constitufan el menú, daban las once en el reloj de cuco. Tomamos el thé y el capitán saludando, dió por terminado el importante acto que había presidido.

Uno de los primeros en levantarse de la mesa fué el Sr. Li-tai. Estuvo unos minutos dentro del camarote del capitán y después cruzó el comedor acompañado del criado, y se encerró por último en su camarote.

Maryland, el francés y yo, quedamos paseando y hablando en la cámara.

Mas de pronto, y cuando aún no hacía diez minutos que vimos encerrarse al señor Li-tai abrióse la puerta de su camarote y salió por ella el criado.

Este se detuvo un momento como buscando á alguien. Luego, al distinguirnos, se adelantó á nosotros y con gran sorpresa nuestra nos dijo en inglés.

—¡El señor Duque de Blane!

—Yo soy; contesté.

—¿Y el señor Vernier?

—Aquí estoy; ¿qué deseais?

—Deciros; repuso el chino—que el muy honorable é ilustre hijo del cielo, señor Li-tai, Chin-lou, Kin-lo-lai, Chen-say, Tai-Moa, profesor de filosofía de las Universida-

des de Pekin, Cantón y Kiang-sou, socio honorario de los Institutos Geográficos de París, Londres, Nueva-York, Madrid, Roma, San Petersburgo, Constantinopla, Yedo, y Melbourne, y de los observatorios astronómicos de Greenwich, París, San Fernando, Sidney y Melbourne, tiene el gusto de invitar á ustedes á entrar en su camarote con objeto de hacerles una proposición.

—¡Zounds!—exclamé yo sin tratar de disimular mi sorpresa.

—¡Parbleu!—dijo el francés no menos sorprendido.

—Acepto la invitación; dije yo—monsieur Vernier, ¡entremos en el camarote....!

Y dejando á Maryland con la boca abierta entramos el francés y yo en el departamento que ocupaba el señor Li-tai.

Este, que se hallaba sentado en un diván, se levantó y adelantóse en seguida á nuestro encuentro.

—Ante todo, señores, nos dijo en correcto inglés—¿es vuestro amor á la astronomía tan grande, que por ella seriais capaces de exponer la vida?

Esta pregunta, tan rara como inesperada, lo confieso, me dejó aturdido y al pronto no supe cómo contestarle, pero al fin dije:

—Si señor.

—¿Y vos?

—También; contestó el francés.

—Está bien, sentaos y escuchadme; dijo entonces el filósofo mostrándonos unas butacas que estaban próximas al diván—los aficionados á la ciencia, pero verdaderos aficionados por amor á ella y no por especulación, son difíciles de encontrar y á no haberse ustedes puesto en mi camino, renunciaría á buscarlos. Necesito quien me ayude en una empresa y considero á ustedes dignos de ayudarme. Se trata de hacer un viaje de mucha importancia; ¿quieren ustedes acompañarme en él?

—¡Oh! me atreví á decir—hombres más sabios que nosotros no faltan en el mundo, y yo por mi parte, me considero indigno, por lo tanto, de ayudaros en cosa que sea de alguna importancia.

—Os engañais, señor duque; me contestó el filósofo—sé que este señor; dijo señalando á monsieur Vernier—es representante de una casa de comercio de París, cosa que en nada se relaciona con la astronomía y sin embargo este señor es entusiasta aficionado de dicha ciencia. Usted es independiente por su elevada y desahogada posición y sin embargo de no serle necesarios ni el estudio ni el trabajo, hace cuanto puede por ilustrarse... y esto ¿en qué consiste?... Es muy sencillo. Consiste en que vuestro espíritu grande y amante de lo sublime, no acierta á vivir encerrado dentro de los límites de lo conocido y vuela, por esto, por los espacios en busca

de emociones extraordinarias y grandiosas. Sabios y astrónomos distinguidos hay muchos en el mundo, no os lo niego, pero almas superiores y espíritus amantes de lo sublime y lo desconocido hay muy pocos. Hombres verdaderamente estudiosos y científicos hay muchos, pero esa ciencia y ese estudio representa para ellos una especulación, y esta sola basta para destruir la grandeza de esa ciencia que se encierra en sus cerebros. Esos sabios que viven de su sabiduría no son sabios, son especuladores. Vosotros no sereis quizás tan sabios como ellos, pero lo poco que tengais de sabios, es verdad. Sois aficionados á la astronomía, la ciencia por excelencia de las ciencias y teneis por lo tanto amor á lo más grande, á lo más sublime y á lo más hermoso en que el cerebro humano puede ocuparse. Amais la obra de Dios por su grandeza; tratais de acercaros á la verdad subiéndolo y alejándoos por lo tanto de lo ruin y miserable y así es como se llega á Dios. La creación es inmensa, no solo inmensa, infinita y nuestra tierra, nido de orgullosos, necios, embusteros y envidiosos, no es en el espacio ni lo que el grano de arena es en extensa playa. El libro de Dios está abierto en los espacios; cada uno de los brillantes astros que en él se balancean, son otras tantas letras de ese libro que para la humanidad apenas es comprensible y yo os animo á que lo deletreeis. Estudiad, estudiad en él; dejad que vuestro pensamiento corra por los espacios sin fin y dejad...

Al llegar á este punto el filósofo, se detuvo quizás arrepentido de haberse extendido tanto en su discurso y cambiando su tono, un tanto entusiasmado, por otro más en calma, dijo:

—Y bien, señores, os repito que voy á emprender un viaje; ¿queréis venir conmigo?

—¿Un viaje? dijo el francés—ó yo soy muy torpe, ó en vuestras palabras hay, señor Li-tai, algo incomprensible. Ignoro, desde luego, cual es el objeto de vuestro viaje, mas ¿no os parece más natural que debiera acompañaros en él alguno de esos intrépidos viajeros que han hecho expediciones al Polo, á las islas de la Oceanía, ó á las regiones del centro de Africa? ¿en qué puede seros útil en un viaje, nuestra afición á la astronomía?

—Verdaderamente que tiene razón—pensé yo—¿será posible que....?

—¡Oh!—dijo el filósofo—¿es que ustedes no se figuran á qué clase de viaje les invito?

—Vos direis, contestó el francés.

—Pues bien, señores, se trata de ir á Júpiter....!

A estas palabras siguió un momento de silencio.

—¿A Júpiter?... ¿al planeta? exclamó al fin estupefacto el joven francés.

—Sí, á Júpiter, al planeta gigante del sistema solar... ¿teneis miedo quizá de ir á él?

Monsieur Vernier me miró asustado y en su mirada creí adivinar su pensamiento. Era indudable que el joven consideraba que se las había con un loco.

—¿Miedo? dijo después de un momento de vacilación—no, señor Li-tai; yo prometo acompañaros; sí, iremos á Júpiter... pero veo que os estamos molestando demasiado... tal vez estareis cansado y... descansad señor Li-tai... ya hablaremos... adios...

Y así diciendo el francés, se levantó de la butaca y se dispuso á salir.

El filósofo clavó en él una mirada terrible en la que el odio y el desprecio salían á borbotones y después de haberle mirado de arriba abajo retiró de él la vista y se encaró conmigo.

—Y vos, señor duque, ¿qué contestais? me dijo.

—¿Yo?... que lo pensaré.

—Está bien, pensadlo; vivo en Shanghai, y allí os será fácil encontrarme para decirme lo que habeis resuelto... ahora... ¡salid! nos dijo á los dos poniéndose de pies y señalándonos la puerta.

## CAPÍTULO II.

### UN POCO DE MECÁNICA.

A la mañana siguiente, llegamos á Shanghai.

Y como dieran las cuatro de la tarde y aún no me hubiera yo movido de la butaca de mimbres en que me senté al entrar en el gabinete que tomamos en el Hotel Britannian en el barrio inglés, me dijo mi hermano.

—Querido Blane, no pienses más en ese chino del demonio y procura distraerte; mira, en el muelle he leído el anuncio de la función que hay esta noche en el Su-Chen-Sa-lim-lo Theatre y yo te aconsejo pidamos la comida para después ir á presenciar los disparates que hacen estos chinos en sus teatros. El título de la obra es interesante «*La mujer forzada ó los amores de un antropófago.*»

—Pues bien, mi querido Maryland, come tu y vete después al teatro; yo por mi parte, saldré á ver al señor Li-tai tan pronto me traigan noticias de donde vive.

—¿Blane!... ¿sigues en esa idea?

—Sí.

—¿Pero no sabes que ese hombre es un loco?

—No lo sé y para salir de la duda, deseo verle.

—Haces mal, querido Blane, la locura de ese hombre me parece, sobre todo para ti, muy peligrosa... pensar en un viaje á Júpiter...

¡oh! se necesita ser loco de remate para pensar en semejante cosa... por Dios, Blane, no pienses en ese hombre... ¡olvídale!...

—¡Imposible!... me he propuesto hablar con él y yo te aseguro que con él hablaré.

—¿Sí? me dijo Maryland dando una patada en el suelo y rompiendo en mil pedazos el periódico que tenía en las manos—pues bien, vete á verle y yo iré contigo... pero ay de él... te advierto que si se propasa se oirá en Júpiter la bofetada...

Y Maryland, que aunque generalmente de voluble carácter, no lo era sin embargo cuando se trataba de demostrarme su cariño, dejó escapar algunas lágrimas y maldijo del sol, de la luna, de las estrellas, de los filósofos y de los astrónomos.

Pero yo no le hacía caso y, por el contrario, esperaba impaciente tener noticias del paradero de Li-tai para ir enseguida á verle. Mientras tanto dejaba pasar el tiempo y daba rienda suelta á los pensamientos de mi calenturienta imaginación. En mi delirio creía verme ya lanzado en el espacio á impulsos de misteriosa máquina y me parecía que los doscientos millones de leguas que nos separan de Júpiter era una distancia apenas digna de tomarse en cuenta. Ya veía balancearse al majestuoso globo, cuya envoltura gaseosa y cargada de espesas nubes, me hacía pensar en las formidables tempestades que allí deben descargar con ímpetu espantoso. Mi imaginación no se paraba en Júpiter, pues de este planeta pasaba luego á Neptuno el más lejano del sistema solar y después á la estrella  $\alpha$  del Centauro que aunque la más cercana á nosotros, no nos separa de ella sin embargo una distancia menor de ocho billones de leguas. Luego me parecía volar hasta llegar á las 61 del Cisne, á Wega, á Sirio, á la Polar... y á la Cabra que dista de nosotros nada menos que ciento sesenta billones de leguas..... Yo me perdía en el espacio sin límites.....

Pero de pronto mi meditación quedó interrumpida por la entrada de un camarero que me presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el señor Duque de Blane; dijo.

Presumí desde luego que aquella carta era del filósofo. Rasgué el sobre, saqué de él una tarjeta bastante grande de papel de arroz y escrita con tinta de oro, y leí en ella lo siguiente:

«Señor Duque: Soy filósofo, y no en balde he pasado mi vida estudiando á la humanidad. Sois el que busco; no así vuestro amigo el joven francés de quien no hay ya para qué hablar, pues, lo mismo él que la casi totalidad de los hombres, no me inspiran sino desprecio. Es muy frecuente que los hombres de alcances limitados juzguen de